

# La Metrópolis Universal

Abdalla-Arrieta, Mario

---

Mario Arrieta Abdalla: Cientista social boliviano. Catedrático en la Universidad mayor de San Andrés, La Paz.

---

*La sociedad mundial de la última década de este siglo presenta transformaciones de tal magnitud que, con razón, ha sumido en una suerte de perplejidad a la mayoría de los ideólogos, políticos y analistas que basaban sus criterios en la inmutabilidad de ciertos principios, supuestamente científicos. Esta perplejidad, especialmente traumática en la izquierda latinoamericana, no tardará en manifestarse en la derecha, todavía no muy al tanto del real significado del nuevo contexto mundial «despolarizado». Más pronto que tarde, la amenaza comunista dejará de ser el poderoso aglutinante político del cual nuestros defensores criollos del establishment derivaron incontables privilegios económicos extraproductivos*

Hasta qué punto, y para quiénes, fue una sorpresa lo acontecido en el campo del socialismo real desarrollado en la Europa del Este y la ex-URSS? Con este trabajo<sup>1</sup> se pretende repasar algunas viejas profecías que, aunque no fueron oídas en su momento, describieron con notable aproximación lo esencial de los cambios que ahora nos desconciertan y cuyos efectos los latinoamericanos apenas empezamos a vislumbrar.

**¡Bye, bye, tercer mundo...!**

Quizá ahora, disipada la polvareda que levantó en el planeta la caída del muro de Berlín, esté haciéndose paulatinamente más perceptible un hecho incontrastable: junto con él, se desplomó el endeble lindero que separaba al primero y segundo mundos ahondándose, en cambio, la distancia con el tercero.

---

<sup>1</sup>En lo fundamental, retomo un artículo que con este mismo nombre se publicó en la revista de comunicación Missagium (N° 1, La Paz, 12/1990). En esa oportunidad se me pidió que comentara, a la luz de los nuevos acontecimientos mundiales, el libro que escribí hace doce años sobre el nuevo (ahora viejo) orden internacional. (Cfr. Arrieta, Mario: Obstáculos para un Nuevo Orden Informativo Internacional, CCESTEM/Nueva Imagen, México, 1980).

La afanosa recolección de ladrillos, debidamente «autenticados» - cuyo valor icónico nos remite a las reliquias del medioevo -, corrió pareja con las loas a la recuperación de «la» libertad mundial, cantadas por un coro del que, por cierto, no estuvieron ausentes las voces de nuestras eternamente desorejadas élites latinoamericanas. Estas pasaron por alto un detalle. Que junto con las barreras que separaban mercado libre de socialismo real desaparecían, simultáneamente, las diferencias previas quedando, de ahí en más, sólo una división posible: ellos y nosotros, el viejo Tercer Mundo.

El nuevo muro que está erigiéndose a escala planetaria separará nítidamente a los componentes de la nueva «bipolaridad» mundial: la Norte-Sur que, finalmente, se nos revela como más sólida y auténtica que la efímera Este-Oeste. Con la nueva trinchera reaparece en toda su crudeza el antiguo rostro del colonialismo que las falsas referencias cardinales nos habían hecho olvidar. Ahora que nos aprestamos a conmemorar los 500 años del inicio del colonialismo en América, deberíamos recordar que los países del extinto Tercer Mundo fueron todos, en algún momento de su historia, víctimas del fenómeno colonial.

La mayoría de los países africanos ha obtenido su independencia formal en los últimos treinta años; en los últimos cuarenta los asiáticos y hace sólo siglo y medio los latinoamericanos. Hasta la creación de la Sociedad de Naciones, en 1919, la terminología internacional en boga se refería a naciones «civilizadas» y «bárbaras», o a «metrópolis» y «colonias», lisa y llanamente. La aparición de sucedáneos tales como países «atrasados», «subdesarrollados» o «en vías de desarrollo» data de los últimos treinta años. Recién en 1961 la liquidación del colonialismo - al menos en su forma arcaica - pasa a ser apoyada oficialmente por las Naciones Unidas a partir de la creación del Comité de Descolonización (Resolución 1654 de la XVI Asamblea General de la ONU).

Esto fue percibido, a poco de concluida la segunda guerra mundial, por los líderes de las naciones que convocaron a la Conferencia de Bandung<sup>2</sup> y reconocido eufemísticamente luego por los más lúcidos estrategas de los países desarrollados.

---

<sup>2</sup>La I Conferencia de Solidaridad Afroasiática se realizó en Bandung, en abril de 1955, con la asistencia de representantes de 29 países. La descolonización mundial y los rudimentos de la no alineación surgieron en ese contexto. El primer ministro de la India, Jawarlah Nehru, expresó la posición mayoritaria al afirmar que «Nuestros países son seguramente muy diferentes unos de otros, pero tienen un factor común: la oposición a la dominación de las potencias occidentales en nuestros continentes». Vale recordar que el derrotado Japón mostró entonces una prudente aquiescencia en tanto que la triunfante República Popular China planteaba sus primeras inquietudes respecto al «social-imperialismo» de la URSS.

«Debe hacerse un esfuerzo para forjar una comunidad de naciones desarrolladas que abarque a los Estados atlánticos, los Estados comunistas europeos más avanzados y Japón. No es necesario que estas naciones formen una unidad homogénea semejante a la Comunidad Económica Europea (...). Sin embargo, la marcha en esa dirección ayudará a terminar la guerra civil que ha dominado la política internacional de los países desarrollados durante los últimos ciento cincuenta años» (énfasis nuestro).

El párrafo que antecede pertenece a Zbigniew Brzezinski y está tomado de su obra *Between Two Ages: Americas Role in the Technotronic Era*, publicada en 1970. Su autor, catedrático de la Universidad de Columbia, director de la Comisión Trilateral concebida por Nelson Rockefeller para coordinar las políticas globales de EEUU, CEE y Japón, llegó a ser asesor para asuntos de seguridad del gobierno de EEUU<sup>3</sup>.

El acercamiento y la posible fusión de los dos grandes bloques hegemónicos, tenidos hasta no hace mucho por antagonicos, también fueron previstos hace tiempo y con sorprendente exactitud por algunos estrategas del bloque ganador<sup>4</sup>. Veamos, si no, estas afirmaciones que datan de hace 22 años:

«Es posible que la Unión Soviética termine por participar en este encuadre más amplio de cooperación (entre países desarrollados), empujada por la atracción intrínseca que Occidente ejerce sobre los europeos orientales - detrás de los cuales deberá marchar la URSS si no quiere perderlos por completo - y en razón de que ella misma siente la necesidad de colaborar más a fondo en la revolución tecnológica y científica. Es seguro que los europeos orientales se aproximarán a Europa occidental. Lo que ocurrió en Checoslovaquia en 1968 no es más que un presagio de lo que va a suceder (...). Sólo es cuestión de tiempo el que los Estados comunistas vayan a llamar individualmente a las puertas de la CEE o de la OCDE» (op. cit., pág. 448, énfasis nuestro).

Por lo demás y dejando de lado el mayor o menor grado de clarividencia de tales premoniciones - superadas largamente por la realidad en muchos aspectos -, bien es cierto que hacía tiempo que las estadísticas mundiales venían reflejando esa tendencia al aglutinamiento por bloques económicos de poder en desmedro del llamado Tercer Mundo. Así la «africanización» de Latinoamérica fue crecientemente ace-

<sup>3</sup>Todas las citas corresponden a la versión española de editorial Paidós: *La era tecnotrónica*, Buenos Aires 1973.

<sup>4</sup>Que no fueron pocos: el propio ZB se basa en y cita a una cincuentena de autores de diversos países que entre 1965 y 1969 bordean similares conceptos y apreciaciones coincidentes.

lerada a partir de los años 70, con la crisis del petróleo y la consiguiente oleada de préstamos en petrodólares que la redujo a su actual condición de deudora morosa permanente.

Pero fue sobre todo el salto científico-técnico dado por los países desarrollados de Occidente - en el que la electrónica y la informática jugaron un rol estelar - el que nos separó definitivamente del gran mundo. Y ello también fue preanunciado. En 1967, William Knox, consejero estadounidense para Ciencia y Tecnología, advertía:

«Se ha presentado la posibilidad de que hacia 1980, un pequeño grupo de computadoras pueda sustituir toda la documentación escrita existente en el mundo y que trabaje en tiempo real, contestando preguntas a la velocidad de la conversación (...). Se puede pensar ahora que ya no seremos capaces de comunicarnos simplemente comunicarnos - con quienes no hayan sabido marchar a nuestro paso, en su propia tecnología, en materia de los avances científicos que hemos incorporado a nuestra propia estructura industrial y que están cambiando su naturaleza...»<sup>5</sup>.

Así fue: nuestras materias primas resultaron inútiles, nuestro aparato productivo, atrasado e ineficiente, nuestra educación, arcaica, nuestros sistemas de comunicación e información, dependientes, y deleznable nuestra capacidad para prever el futuro, adecuarnos a él y mejorar los términos de nuestra inserción en el mercado mundial.

Esto mismo fue lo que le aconteció, *mutatis mutandis*, al inefable socialismo real. Los sorprendentes adelantos científicos que inicialmente lo pusieron a la vanguardia mundial en la carrera espacial y que, cuando menos, equiparon su capacidad bélica para la guerra nuclear, quedaron encapsulados en la superestructura burocrática estatal. Incapaz de asimilar entropía negativa, la «socialburocracia» no se interesó en volcar esos adelantos a su estructura productiva, ni al mejoramiento de los niveles de vida y la cualificación del grueso de su sociedad.

Así, aunque los países ex-socialistas más desarrollados (es decir, más «occidentalizados», a nuestro triste estilo latinoamericano) se apresuren a unirse al carro de la CE, serán - y por muchos años todavía - nuestros principales competidores por mercados, créditos, inversiones, tecnologías, servicios modernos y hasta donaciones alimentarias. Estarán, en suma, al filo de la navaja: con un pie en cada uno de los dos mundos ya fenecidos - el segundo y el tercero - y sin poder insertarse en el primero. ¿No es su situación presente el resultado de las mismas carencias, tanto

<sup>5</sup>Cita tomada de Félix Greene: *El Enemigo*, Ed. Siglo XXI, México, 1976, p. 252, énfasis nuestro.

objetivas como subjetivas, y de los errores de un tradicionalismo que se suponían exclusivos del Tercer Mundo?

«El Tercer Mundo es víctima de la revolución tecnotrónica. Sea que los países menos desarrollados crezcan rápida o lentamente o que no crezcan en absoluto, es casi inevitable que muchos de ellos sigan dominados por sentimientos cada vez mayores de carencia psicológica. En un mundo electrónicamente interconectado, el subdesarrollo absoluto o relativo será intolerable (...). En otra época histórica, los problemas insolubles alentaban el fatalismo, porque se pensaba que formaban parte de una condición universal. Actualmente los mismos problemas provocan frustración porque se los interpreta como un fenómeno particular que no afecta a otros, más afortunados. Su problema no consiste en la falta de cambio. Ni siquiera en el cambio insuficientemente rápido, porque en los últimos años vanos países subdesarrollados alcanzaron una tasa de crecimiento extraordinario y sostenido (...). Su problema emana, más exactamente, de una creciente sensación de carencia relativa, que se agudiza en razón del desarrollo de la educación y las comunicaciones. Como consecuencia, es posible que la resignación pasiva deje paso a estallidos de ira espontánea» (ibid., pp. 71-72, énfasis nuestro).

Los recursos económicos mundiales y el concepto mismo de Tercer Mundo resultan definitivamente estrechos para dar cabida - además - a las «apetencias psicológicas» de las desintegradas repúblicas socialistas y a las de la Europa del Este. No tiene sentido pretender negar que «la voluntad política» de Occidente de «ayudar» al Tercer Mundo siempre estuvo en relación a sus intereses inmediatos o estratégicos, por más delicadamente que esto pueda expresarse.

«Actualmente todos los grandes países aceptan el principio de que deben ayudar a los menos desarrollados. Esta es una nueva posición moral y un componente importante de la nueva conciencia global. Aunque las naciones todavía hacen valer su soberanía cuando fijan la escala de la ayuda que conceden - la mayoría cede menos del uno por ciento de su PBN -, en la práctica han creado un precedente que las compromete: la entrega de ayuda es un imperativo» (ibid., p. 415, énfasis nuestro).

Desaparecido el sesgo político que la guerra fría introducía en esa filantrópica posición que, dicho sea de paso, no tardó en sustituirse por préstamos de tipo usurario, no quedan ahora muchas razones para no «racionalizar» la ayuda en beneficio de los que la ofertan y que, hasta ahora, estaba distorsionada por las pugnas internas y por la lucha entre ambos bloques.

Acabada la confrontación Este-Oeste, ¿qué razones habría para que los poderosos suministren ayuda de cualquier tipo, vendan energéticos indispensables, o eliminen las medidas proteccionistas que están aplastando - muy liberalmente - a las economías de los débiles? El Tercer Mundo, aquel de los países no-alineados tanto como el de los fervientes aliados a cualquiera de los bloques, ha dejado de existir: en adelante, cada uno deberá contar con sus propias fuerzas, visto que las alianzas entre los miserables sin ideología siempre fueron difíciles y pasajeras. Las negociaciones «por separado» hace mucho tiempo que fueron escogidas por los poderosos como las políticamente óptimas:

En general, las perspectivas para lograr una cooperación internacional eficaz pueden ser mejoradas si los temas se mantienen separados; esto es lo que nosotros llamamos funcionalismo por partes. (...) Limitando la negociación, ésta se puede mantener en términos concretos, acordándose arreglos y procedimientos específicos. En tales casos, los especialistas (quienes dominan las discusiones más limitadas) serán más capaces que los políticos para llegar a un acuerdo, pues, para estos últimos, los asuntos se convertirán, con mayor probabilidad, en símbolos de victoria o derrota para los puntos de vista políticos particulares, nacionales o regionales. La especialización crea cuerpos de conocimiento y marcos intelectuales comunes entre los expertos de muchas naciones. Se pueden construir coaliciones de especialistas a través de las fronteras nacionales en áreas funcionales específicas, mitigando el nacionalismo que, de otra manera, podría obstaculizar el acuerdo internacional. En realidad, la elección de negociaciones de especialistas es en sí una decisión política; éste es un aspecto de cómo se ejerce el liderazgo político».<sup>6</sup>

### ***De la aldea planetaria a la ciudad global***

Si MacLuhan, deslumbrado por los saltos cualitativos de la ciencia y el adelanto tecnológico de los medios en Occidente<sup>7</sup>, creyó encontrarse en una pacífica e inte-

---

<sup>6</sup>La cita corresponde a uno de los informes parciales de La Gobernabilidad de la Democracia. Informe del Grupo Trilateral al Comité Ejecutivo de la Comisión Trilateral, elaborado entre diciembre de 1974 y agosto de 1977. Redactores: Michel Crozier, Centro Nacional de la Investigación Científica (Francia); Samuel P. Huntington, Universidad de Harvard (EEUU) y Joji Watanki, Sophia University (Japón). (Cf. Cuadernos Semestrales, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 1978, p. 391).

<sup>7</sup>Las imaginativas cuanto arbitrarias interpretaciones de MacLuhan acerca de la historia y de las aplicaciones científicas modernas causaron revuelo en su momento. Permanecen válidas sus observaciones acerca del retorno a las percepciones visual-auditivas como el medio fundamental de información y aprendizaje para las masas, como también sus predicciones sobre el futuro perfeccionamiento de los medios. (Cf. Marshall MacLuhan: La comprensión de los medios como las extensiones del hombre, Ed. Diana, México, 1979).

ractuante aldea planetaria, Brzezinski se apresuró a poner las cosas en su pragmático lugar:

«La llamativa analogía de MacLuhan olvida que la estabilidad personal, la intimidad interpersonal, los valores implícitamente compartidos y la tradición eran ingredientes importantes de la aldea primitiva. Una analogía más justa es la de la ciudad global: una red nerviosa, agitada, tensa y fragmentada de relaciones interdependientes (puesto que) las comunicaciones instantáneas ya están creando algo afín a un sistema nervioso global (...). Los cambios generados por las comunicaciones y las computadoras allanan el camino para una sociedad extraordinariamente imbricada, cuyos miembros (...) comparten en forma instantánea las experiencias sociales más intensas y se sienten impulsados a comprometerse incluso en los problemas más distantes. La nueva generación ya no define el mundo exclusivamente sobre la base de la lectura, sea esta de análisis ideológicamente estructurados o de descripciones exhaustivas. También lo experimenta y lo siente vicariamente a través de las comunicaciones audiovisuales. Esta forma de comunicar la realidad se desarrolla - sobre todo en los países más avanzados - más rápidamente que el medio escrito tradicional y suministra la principal fuente de noticias para las masas». (Op. cit., pp. 45-46, énfasis nuestro).

Así, el fin de la historias<sup>8</sup> parece haber llegado. El largo camino emprendido por la gens desde la aldea primitiva culmina, al fin, en la tierra prometida: la Metrópolis Universal. La ideología adoptada ad perpetuum por ésta es la del libre mercado y la del neoliberalismo para uso de sus barrios marginales. Pues nadie debe llamarse a engaño: la nueva urbe mundial mantiene sus populosos y desordenados barrios de indigentes. Hace dos décadas, Brzezinski comparaba la situación de los países atrasados con la de los «guetos urbanos» en su país:

«El problema de los guetos urbanos de Estados Unidos tiene una analogía elocuente con la posición global de los países menos desarrollados, sobre todo de Asia y Africa (...). La política metropolitana es, en Estados Unidos, típicamente compleja: los grupos de intereses específicos y de presión, las comunidades étnicas, las organizaciones políticas, las instituciones religiosas, las grandes fuerzas industriales o financieras, e incluso el hampa, interactúan dentro de un esquema que incluye simultáneamente la guerra limitada y la convivencia. La política global adquiere algunas características análogas» (ibid., pp. 71 y 27, énfasis nuestro).

---

<sup>8</sup>Es lo que sostiene Francis Fukuyama en su controvertido ensayo «¿El fin de la Historia?» cuando proclama el triunfo universal del liberalismo. Fukuyama, miembro de la Oficina de Planificación del Departamento de Estado, parece resumir en su propio nombre y en sus ideas los viejos postulados del trilateralismo.

Después de Vietnam, Afganistan, Granada, Libia, Panamá, ahora Irak y después quizá Cuba, conviene tomar muy en cuenta estas palabras:

«Las guerras urbanas del hampa no provocan mucha indignación moral y tampoco se interpretan como graves amenazas para la paz social. Sólo se combaten con empeño los estallidos de violencia que apuntan contra esa paz, corporizada en la vida humana y en los grandes intereses creados: por ejemplo, bancos, negocios o propiedades privadas. Asimismo, en las regiones más avanzadas del mundo el establlishment y la clase media de la ciudad global tienden a ser indiferentes a los conflictos del Tercer Mundo y a interpretarlos como rasgos inseparables del bajo nivel de desarrollo... siempre, claro está, que dichos conflictos no repercutan sobre las relaciones de los países más poderosos. En consecuencia, las guerras del Tercer Mundo parecen tolerables mientras su escala internacional se detenga por debajo de la amenaza potencial a los grandes intereses» (ibid., p. 29, énfasis nuestro).

Ahora, con la bulliciosa cuanto desesperada incorporación de unos pocos de los vecinos del «barrio». Este a la junta de notables que rige los destinos de la metrópolis universal<sup>9</sup> se hace más dura, si cabe, la situación de los habitantes de sus barrios marginales. Pronto se universalizará la convicción de que todos no son más que unos «hampones», que no pagan sus deudas, no les gusta trabajar y prefieren dedicarse a producir drogas - o mas bien la materia prima para elaborarlas - para envenenar (y enriquecer) a los honestos y puritanos vecinos de los barrios (e ingresos) altos.

Además, son terroristas, ociosos y violentos - lo que explica su bajo nivel de desarrollo - y reacios a someterse (caso Cuba) al nuevo orden planetario. Pero mientras sus desmanes se circunscriban a destruirse a sí mismos (caso Líbano) o entre ellos (caso Iran-Irak), más vale dejar que solucionen sus diferencias a sus «fundamentalistas» maneras, vendiéndoles de paso, y a buenos precios, las armas necesarias para ello<sup>10</sup>.

Pero si atentan contra los grandes intereses creados (caso Irak-Kuwait) y si las sanciones económicas y los bloqueos de fondos, suministros o energéticos no dan pronto resultado, se imponen - por el bien de la ciudad - las acciones punitivas más

<sup>9</sup>¿Acaso la concesión del Premio Nobel (de la Paz, poco antes de que cerrara los ojos a la guerra del Golfo) a Mijail Gorbachov no constituyó una suerte de «entrega de las llaves de la ciudad» al nuevo vecino ilustre?

<sup>10</sup>Toda la panoplia de armas, tanto convencionales como las más sofisticadas, de las que hizo alarde Saddam Hussein, le fueron vendidas por «comerciantes» del Este y el Oeste, quienes guardaron como previsora medida de seguridad, los planos y las ubicaciones de sus emplazamientos, que les fueron revelados luego sus a enemigos.



severas, aplicadas personalmente por los vecinos principales - con el comedido apoyo de algunos marginales<sup>11</sup> - que ya no se sienten ni siquiera obligados a dar parte a los encargados oficiales de guardar el orden público: los inefables cascos azules de la ONU.

Y en esto también puede señalarse una importante diferencia cualitativa con el pasado reciente. Hace veinte años todavía podía decirse que...

«Las naciones de distinta magnitud (...) interactúan creando fricciones, diversas pautas de entendimiento y cambios de alineación. Si bien las reglas formales del juego mantienen la ilusión de que en éste sólo intervienen aquellos participantes llamados Estados - que se convierten, en verdad, en los únicos jugadores importantes cuando estalla la guerra -, lo cierto es que, en épocas de paz, el juego se hace en condiciones mucho más informales, con una participación más heterogénea».

«Algunos Estados cuentan con un poder abrumador, otros, los miniestados, se eclipsan a la sombra de las corporaciones internacionales multimillonarias del dólar, los grandes bancos y los intereses financieros, las organizaciones supranacionales de tipo religioso o ideológico y las nuevas instituciones internacionales que en algunos casos representan los intereses de los pequeños jugadores (por ejemplo, las Naciones Unidas) y que en otros enmascaran el poder de los grandes (por ejemplo, el Pacto de Varsovia o la SEATO)».

«Por tanto, los métodos que se emplean para enfrentar los conflictos internacionales empiezan a parecerse a los que se emplean para enfrentar a los disturbios urbanos (...). Se crean mecanismos organizados, en forma de personal uniformado y asalariado, para circunscribir la violencia a límites socialmente tolerables. Se acepta que es inevitable un cierto grado de criminalidad; en consecuencia, en aras del orden, el delito organizado es generalmente preferible a la violencia anárquica y se convierte, indirecta e informalmente, en una prolongación del orden» (ibid., p. 28, énfasis nuestro).

Ese panorama de las relaciones internacionales, crudamente descrito, ha sufrido cuando menos dos modificaciones cruciales. La primera es que las Naciones Unidas, «representante de los intereses de los pequeños jugadores», ahora sólo le hace

---

<sup>11</sup>La participación con tropas y recursos, así sean simbólicos, en la guerra contra Irak se convirtió en una cuestión de estatus. Sobre sale el triste papel de Argentina, que con el envío de dos anticuados buques de guerra quiso dejar en claro sus intenciones de no quedar fuera del trato con los grandes (a los que supone pertenecer), olvidando que en su conflicto con Inglaterra por las Malvinas sólo recibió apoyo de los pequeños.

el juego a los grandes. La extraordinaria presión política a que ese organismo fue sometido en la década pasada, sumada al chantaje económico, ejercido especialmente por los Estados Unidos<sup>12</sup>, ha invertido totalmente su rol. Ahora, los organismos inter y multinacionales han sido reciclados para reservar el control político, económico y militar a «los grandes jugadores», dejando para los «mini Estados» las instancias asistencialistas respecto a salud (el cólera), alimentación (desnutrición), vivienda (hacinamiento), educación (analfabetismo), trabajo (subocupación) y otros.

Aquel «personal uniformado» que solía acudir a las zonas de conflicto del «hampa» ya ni siquiera es tomado en cuenta cuando se trata de invadir países, bajo cualquier justificativo. Concluida la guerra del Golfo, resulta irónica la diligente reaparición de los cascos azules, esta vez destinados - lo cual es sintomático - a disminuir las feroces matanzas entre los «internacionalistas» de antaño. Pero sigue en pie el hecho de que las resoluciones de la ONU se aplican con dureza en ciertos casos, mientras se dejan estar en otros. Aunque algunos inveterados desconocedores de sus resoluciones estén geográficamente situados en los «barrios marginales» - como Israel o Sudáfrica -, si son parte importante del establishment, invariablemente terminan siendo protegidos por este.

La segunda mutación no es otra que la consolidación del monopolio planetario sobre la información y la comunicación que ejercen unas pocas transnacionales. La incorporación de nuestros países - al menos en este campo - a la «sociedad de masas» trae aparejadas funestas consecuencias, tanto internas como externas, que también fueron previstas hace tiempo por quienes se preocuparon por denunciarlas y conjurarlas<sup>13</sup>.

La innovación tecnológica y el abaratamiento relativo de los equipos para imitar y recibir comunicaciones, especialmente audiovisuales, ha decuplicado en dos décadas el número de televisores y estaciones televisivas en el Tercer Mundo, con Latinoamérica a la delantera. Pero no hay que enorgullecerse demasiado: la dependencia informativa es mayor que nunca. En efecto, ¿alguien a visto en sus pantallas

<sup>12</sup>En su momento, el paladín mundial de la democracia, EEUU, llegó a denunciar «la dictadura de la mayoría» impuesta por el voto por países, cuando las resoluciones de la ONU le eran desfavorables.

<sup>13</sup>En términos generales, quienes propugnaron la instauración de un Nuevo Orden (económico e informativo) Internacional. La Declaración de Argel, en setiembre de 1973, denunció que «el 70% de la población mundial subsistía con el 30% del ingreso mundial» y que «mil millones de personas padecían malnutrición o hambre». Y la Declaración de Nueva Delhi, ya en julio de 1976 hacía notar que «así como la dependencia política y económica son legados de la era del colonialismo, así es el caso de la dependencia en el campo de la información». Pese a todo el discurso del globalismo y sus panaceas, estos años no han hecho más que agravar tal situación hasta nuestros días.

otras imágenes de lo acontecido en Panamá, Rumania, Irak o Palestina que no provengan de las grandes redes occidentales, con CNN a la cabeza? Después de todo, quizá sea algo más que una ironía de la historia el que hubiera sido precisamente con la lapicera del ubicuo presidente/proprietario de CNN con la que el Este firmó el acta de su capitulación en la «guerra fría».

¿A qué negarlo? A la hora de la verdad, no hubo fortaleza cultural tercemundista que tomar por asalto: sus propios habitantes y gobernantes se apresuraron en instalar antenas parabólicas para captar (y piratear) desde sus canales comerciales y/o estatales las emisiones «del mundo de verdad». En buenas cuentas, el nuevo orden internacional, defendido por una generación de luchadores sociales, fue abandonado por sus descendientes (y por algunos de los que sobrevivieron a su aniquilamiento mundial) justo cuando más falta les hacía.

Y no se trata sólo de la información internacional, externa: los adocenados contenidos ideológicos «metropolitanos» fueron internacionalizados por las poblaciones de sus barrios y, debidamente jibarizados, aplicados en el ámbito doméstico. Si hace medio siglo Eisenhower calificaba como de «la última indignidad del sistema democrático» el que un Presidente tuviera que «promocionarse como una marca de jabones», esa indignidad es ahora el requisito para ser electo. ¿Hará falta citar a todos los favoritos en las urnas de los últimos años que fueron proyectados de la nada por el poder de los medios masivos de información en nuestras incipientes y sesgadas «sociedades de masa»?

A fin de cuentas, si los antiguos y ahora obsoletos «Estados-nación» han pasado a ser barriadas de la Metrópolis Universal, ¿para qué hacen falta jefes de Estado? Bastará con una especie de munícipes, que sean buenos administradores y/o ejecutores de las predeterminadas «políticas macroeconómicas» y sus correspondientes «ajustes estructurales» para que sean perfectamente útiles para la hemostasis «planetaria» del sistema.

La gobernabilidad de la democracia, requisito sine qua non para la prosperidad de la urbe, debe estar garantizada por tales dignatarios (no importando merced a qué alianzas ni a qué «costo social»), cuyo perfil no es muy complicado: alcanza con una aceptable imagen de eficiente ejecutivo o próspero empresario bien comportado, con un toque de político pragmático o intelectual moderno y una pizca de hombre de mundo o deportista.

Quizá ni siquiera sea ésta una particularidad sólo nuestra. En un mundo transnacionalizado y desideologizado, ¿no ocurre algo similar con los países centrales? Después de todo, si el asesinado John F. Kennedy fue «el primer presidente de EEUU para el cual todo el mundo era, en cierto sentido, parte de la política doméstica»<sup>14</sup>, no cabe duda de la sostenida degradación como estadistas de sus sucesores, al último de los cuales podría aplicársele la paráfrasis de una célebre consigna leninista: «¡Todo el poder... a la CIA!»

### ***La metrópolis, mañana***

Las predicciones son siempre riesgosas, más aún cuando se refieren al futuro de una realidad tan extensa e intrincada como la hasta aquí descrita. Se puede, sin embargo, adelantar algunas tendencias.

- Por lo pronto, los países de la inviable Trilateral<sup>15</sup> deberán competir despiadadamente entre sí mismos por el mercado mundial y por los despojos del atomizado campo socialista, hoy decididamente procapitalista. Ahora que los «neo» están de moda (neo-liberalismo, -colonialismo, -racismo, -facismo y hasta neozarismo), deberán afrontar sin mediaciones ideológicas la competencia neo-capitalista. Los brotes de una suerte de neorracismo industrial que revela la histórica destrucción de automóviles japoneses en las calles de algunas ciudades de los EEUU no son más que un primer síntoma de la saña con que esa competencia llegará a manifestarse.

- La CE, cuyos límites de pronto están resultando imprecisos, deberá volcarse a definir sus relaciones con los europeos del Este más las naciones de la flamante CEI. La unificación alemana, en un primer momento factor de cohesión europea, terminará por fragmentar a la CE o, al menos, cambiar la actual correlación de fuerzas.

A fin de cuentas, quienes llevan las de perder son aquellos que no disponen de una «retaguardia neocolonial» a costa de la cual crecer o mejorar su posición relativa dentro de la propia Comunidad. Así, Alemania unificada descuella ahora con su poderosa influencia en la mayoría de los países del Este; Inglaterra conserva su Commonwealth; Francia deberá defender su influencia en sus empobrecidas ex-colonias de Africa y en las cada vez más inaccesibles del Asia (ahora bajo neto domi-

<sup>14</sup> La afirmación corresponde a Arthur Schlesinger: *A Thousand Days*, Fawcett Publications, Boston, 1965.

<sup>15</sup> Con todo y sus muchos aciertos, en esto se equivocó Brzezinski: no hubo ni habrá ninguna Sociedad Trilateral. Su error fue haber subestimado la avidez y la capacidad de los países desarrollados para la competencia capitalista, así como el de muchos de nosotros fue haber sobrestimado la capacidad para la consecuencia ideológica de sus contrapartes socialistas. En todo caso, ahora sabemos que, socialistas o no, en el fondo ambos siguen siendo «occidentales y cristianos».

nio de Japón); España, si no abjura demasiado de su pasado común con los «sudacas», tratará de cooptar la comunidad iberoamericana apetecida, también, por la CE, Japón y los EEUU.

- Japón tendrá que hacer verdaderos alardes de «tacto oriental» - que no parece ser virtud del primer ministro Kichi Miyazawa ni, sobre todo, de su canciller Michio Watanabe - para no entrar en serios enfrentamientos con la CE y los EEUU, por una parte, y para mantener y acrecentar su liderazgo entre los «tigres» del Sudeste. Desde otro flanco, sus relaciones con la ex-URSS y, sobre todo, con la República Popular China son una especie de «espada de Damocles» pendiente sobre su desmilitarizado Estado. En cambio, su expansión hacia las tierras de los vecinos del frente (como alguna vez calificó a los latinoamericanos de la otra ribera del Pacífico) luce más prometedora, pese a los celos estadounidenses.

- Los EEUU (quizá los peor librados a la larga en el reacomodo universal) tendrán, ante todo que defender de las inversiones y los productos extranjeros su atractivo mercado interno. Luego, su influencia en el mundo y, todavía, su «patio trasero» hemisférico de las apetencias del resto de competidores, para lo cual deberá forzar su alianza con Canadá y México, buscando la formación de un bloque económico que le permita compensar las deficiencias de su aparato productivo, obsoleto y caro.

No obstante, no debe descuidarse su alta capacidad científico-técnica, especialmente en cibernética, tecnología espacial y armamentos. Después de todo, es ya la única potencia atómica mundial de primer nivel. Esta «ventaja comparativa» le reserva un papel clave (y peligroso, dadas sus tendencias históricas): la de sheriff la Metrópolis Universal. Desaparecida la amenaza roja, tiene a su disposición el resto de los extensos barrios marginales para impedir que puedan dotarse de armamento no convencional, desacatar el nuevo orden o molestar de cualquier imperdonable manera a los notables de la urbe.

Por ahora, terroristas y narcotraficantes (sean naciones o jefes de Estado) serán los satanizados. Más adelante podrán serlo también quienes no paguen sus deudas, no conserven sus recursos naturales y no protejan su ecología (de propiedad colectiva en la Metrópolis). ¿Exceso de suspicacia? Ahora que estamos en vísperas de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio ambiente y Desarrollo, Eco-92, vale la pena releer esta otra premonición:

«...la creación gradual de una comunidad de naciones desarrolladas sería una expresión realista de nuestra creciente conciencia global; el interés por la divulgación del conocimiento científico y tecnológico reflejaría una concepción más funcional de los problemas humanos, que otorgaría prioridad a la ecología en lugar de otorgársela a la ideología. Los dos pasos precedentes estimularían la difusión de una cosmovisión racional humanista más personalizada que reemplazaría gradualmente a las perspectivas institucionales de tipo religioso, ideológico y vehementemente nacional que han dominado la historia moderna» (ibid., pg. 457, énfasis nuestro).

En el «otro» mundo, las cosas no podrán ser peores. La creciente informalidad de su economía agudizará la desesperada competencia - a la cual se sumarán los ávidos ex-socialistas - por ubicar nichos de exportación en el «centro»; por lograr créditos puente y obtener nuevos plazos en la negociación individual de sus impagables deudas; por recibir tratamiento preferencial para sus devaluados productos de exportación; por merecer ayuda internacional y - en la medida en que siga fragmentándose en sub-países, regiones, micro-regiones, etnias y nacionalidades - asistencia militar para guerrear con sus vecinos.

Pero las élites criollas descubrirán pronto que se ha esfumado su antiguo prestigio - o su utilidad - y la de sus instituciones más entrañables: su burocracia estatal y sus fuerzas armadas. Quienes se apresuraron a batir palmas por el triunfo planetario de «la» democracia y el mercado libérrimo, no tardarán en fruncir el ceño ante sus consecuencias y a renegar de ella. Tal será el caso de los empresarios - aquella vieja especie de «prósperos empresarios quebrados» -, habituados a compartir la corrupción estatal en el manejo de la cosa pública, y de los militares, principales destinatarios de las partidas presupuestarias y la «ayuda» - más o menos encubierta - de sus antiguos tutores en la aplicación de las doctrinas de seguridad nacional.

En un futuro no muy lejano, a unos Estados «achicados» y «privatizados» corresponderán apenas algunos accionistas criollos minoritarios en las transnacionalizadas empresas importantes. El resto, tendrá que competir con el sector informal por renglones secundarios de la producción, el comercio y las finanzas. Asimismo, los ejércitos deberán reacondicionarse (y reducirse) para ejercer una suerte de función de policías de barrio, destinados a combatir los estallidos de «violencia anárquica» que pudieran surgir de las políticas de ajuste (de cinturones) y del narcotráfico no

controlado<sup>16</sup>. En Latinoamérica, los próximos «nacionalistas» y «antiyanquis» provendrán de aquellas esferas.

La fulgurante visión de una Metrópolis Planetaria esconde, ahora como antes, las mutaciones neocoloniales.

Ahora que un Nuevo Orden (otro más) está siendo proclamado, conviene recalcar que para que tal orden sea realmente internacional debe ser beneficioso para la mayoría de la humanidad, ya que cualquier orden, para ser tal, debe ser aceptado por la mayoría. De lo contrario no se trata de un orden, sino de una orden en el sentido de imposición o de acatamiento, obligado y provisional, en tanto se reúnen fuerzas para el desacato. El orden tiende a la paz; las órdenes contienen los gérmenes de la guerra.

### **Referencias**

- \*Arrieta, Mario, OBSTACULOS PARA UN NUEVO ORDEN INFORMATIVO INTERNACIONAL. - México, CCESTEM/Nueva Imagen. 1980;
- \*Anónimo, LA ERA TECNOTRONICA. - Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós. 1973;
- \*Greene, Felix, EL ENEMIGO. p252 - México, Ed. Siglo XXI. 1976;
- \*MacLuhan, Marshall, LA COMPRESION DE LOS MEDIOS COMO LAS EXTENSIONES DEL HOMBRE. - México, Ed. Diana. 1979;
- \*Schlesinger, Arthur, A THOUSAND DAYS. - Boston, Fawcett Publications. 1965;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 119 Mayo-Junio de 1992, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.

---

<sup>16</sup>La creación de una suerte de cascos verdes para combatir la producción de coca, más que de cocaína, ha dejado de ser una especulación después de la realización de «Cartagena II». ¿Por qué deberían confiar los EEUU y soportar financieramente un sinnúmero de efectivos militares poco confiables, cuando su recesión económica y la «cesantía» obligada de miles de reclutas y oficiales - altamente calificados y libres de escrúpulos «etnicistas» - está proclamando a las claras la «conveniencia planetaria» de utilizarlos?